



El Misterio del Crayon Perdido

JOSÉ MAGDALENO BALBER



La luz de la mañana iluminaba el aula de primer grado donde las mochilas de colores colgaban ordenadamente en sus perchas. Ian entró corriendo al salón de clases con una gran sonrisa, listo para comenzar un nuevo día de divertidos dibujos junto a sus mejores amigos.



Joel abrió su estuche con entusiasmo, pero de repente sus ojos se abrieron de par en par con sorpresa y preocupación. El crayon dorado más brillante de toda la caja había desaparecido sin dejar rastro alguno.



Al escuchar el pequeño grito de Joel, Misael se acercó rápidamente con paso decidido y una lupa de juguete en la mano. Misael declaró con voz seria que estaban ante un gran misterio que requeriría de los mejores detectives del primer grado.



Oliver se unió al grupo rápidamente, sugiriendo que buscaran pistas debajo de las mesas de madera. Con linternas de juguete, los cuatro amigos comenzaron a iluminar los rincones más oscuros y escondidos del salón de clases.



Ian encontró una extraña marca brillante cerca de la esquina del rincón de lectura que parecía una huella de cera. Todos se agruparon emocionados alrededor del hallazgo, intentando descifrar a quién pertenecía aquella misteriosa señal.



Siguiendo el rastro de la marca brillante, el equipo de detectives caminó sigilosamente hacia la zona de los libros de cuentos. Joel examinó cuidadosamente los lomos de los libros mientras Misael tomaba notas en su pequeño cuaderno de papel.



Detrás de una gran enciclopedia de animales, Oliver descubrió un pequeño trozo de papel arrugado con un acertijo dibujado. Los amigos unieron sus cabezas para descifrar el divertido mensaje que indicaba el siguiente destino de la búsqueda.



El mapa improvisado llevó a los cuatro niños directamente hasta el estante donde guardaban los bloques de construcción y juguetes. Ian inspeccionó la torre más alta, sospechando que el ladrón podría haberse escondido en las alturas.



Para su gran sorpresa, no encontraron a un ladrón travieso, sino a un pequeño osito de peluche que sostenía el crayon dorado entre sus patitas. Misael rió alegremente al comprender que el peluche solo quería participar en la clase de arte.



De regreso en sus asientos, Ian, Joel, Misael y Oliver celebraron el éxito de su gran misión con aplausos y muchas risas. El misterio había quedado resuelto y la amistad del grupo brillaba ahora mucho más que el crayon dorado.